

masiva, y donde la instancia política consagra (transitoriamente) la legitimidad del proceso económico, vale decir durante la presidencia de Arturo Frondizi (1958-1962), se produce la introducción masiva de apoyo financiero norteamericano a la sociología. En otras palabras: mientras el imperialismo norteamericano consolida la dependencia tecnológica de la economía argentina, las fundaciones norteamericanas invierten en la consolidación de la tecnología de las ciencias sociales en la universidad argentina.

Por otra parte y si tomamos en cuenta el carácter específico de la práctica social que aquí nos interesa, a saber, la producción de conocimientos, llegamos para el período considerado a una comprobación estrictamente complementaria de la anterior: el aparato productivo así constituido y consolidado, *genera un discurso donde la penetración imperialista es trasmutada a nivel ideológico en la imagen de un proceso de "desarrollo económico y social" orientado a una creciente racionalidad propia de la "sociedad industrial", discurso del que todo cuestionamiento de la dominación interna y externa está rigurosamente ausente.*

Sean cuales fueren las interpretaciones que puedan hacerse de estas correspondencias (que será necesario discutir), resultará bastante difícil reducirlas a un azar de la historia. Como dice Germani, "este desarrollo no es de ninguna manera casual".

#### IV. Interludio: el conocimiento y sus condiciones de producción

He tratado de seguir, para el período de institucionalización de la llamada sociología "moderna" o "científica" en la Argentina, el "hilo rojo" de su historia. Indiqué la coyuntura económico-política en que esa institucionalización tiene lugar y la inscripción ideológica que caracteriza a la producción predominante en el período. El punto de vista expositivo ha excluido la discusión de trabajos específicos.

Ahora bien, el panorama desarrollado hasta aquí abre una serie de interrogantes de gran importancia teórica y epistemológica y a la vez, por sus mismas características, puede prestarse a ciertos equívocos. Conviene entonces, antes de retomar la continuidad de la historia a partir de 1966, evocar dichos interrogantes y sugerir las líneas de su posible respuesta. Este "interludio" más teórico será útil, además, para ubicar mi punto de vista en relación con las dos últimas etapas que abarca este trabajo: la que va desde 1966 hasta el triunfo electoral del peronismo, y la nueva situación que comienza a organizarse en el momento de escribir estas páginas. En efecto, es a partir de 1966 que se multiplican las reacciones contra el cientificismo y tienen lugar varias polémicas dentro y fuera del ámbito profesional de la sociología. Como mi propio análisis se presenta como crítico de la orientación encarnada por el cientificismo, conviene hacer explícitos los elementos que permitirán al lector establecer coincidencias y divergencias con otras posiciones. La cuestión decisiva concierne, por supuesto, las nociones

de ciencia, actividad científica, conocimiento científico, ideología. Las discusiones, defensas o denuncias que se produjeron en la Argentina a propósito de la sociología implicaron, en su gran mayoría, el enfrentamiento de dos posiciones sólo en apariencia antagónicas: el *cientificismo* con sus numerosas variantes, y el *anticientificismo* de izquierda y de derecha. En países como el nuestro, el *cientificismo* es el que más *orgánicamente* expresa a los sectores sociales a los que ya me referí en los capítulos anteriores, los grupos ilustrados de las capas medias, sometidos a la "modernización cultural" que acompaña al desarrollo económico dependiente. En el proceso de politización desencadenado por las contradicciones a nivel económico-político, el *anticientificismo* (en sus dos formas básicas) representa algo así como la "conciencia desdichada" de esos grupos.

#### A. El *cientificismo* y sus transformaciones

Bajo su forma clásica (veremos que hay otras) el *cientificismo* concibe la ciencia como una actividad (y no como una práctica) orientada racionalmente por un valor (el conocimiento), actividad cuyos resultados son sustancialmente autónomos respecto de lo que en esta concepción se entiende por "condicionamientos" externos o por el "contexto" económico, político y social. Los factores externos pueden ser "favorables" o "desfavorables" a la prosecución del conocimiento como objetivo central de la actividad, y pueden incluso hacerla imposible, pero en la medida en que, venciendo obstáculos más o menos graves, ella tiene lugar, el resultado (el conocimiento) *no contiene ningún rastro de las condiciones en que ha sido producido*, es, lisa y llanamente, conocimiento. Son los factores externos los que arrastran, entre otras adherencias, las *ideologías*. Para el *cientificismo*, la diferencia entre ciencia e ideología es *absoluta* (en el sentido en que entre una y otra sólo puede

haber relaciones de *exterioridad*) y se juega en un plano lógico-epistemológico. Ya señalé en otro lugar que una cierta dosis de "psicologismo" es esencial para esta concepción: en su forma clásica, los elementos ideológicos son asimilados a factores "emocionales" o "subjetivos"; en versiones posteriores (motivadas sobre todo por reacondicionamientos que el *cientificismo* debe realizar ante los ataques de los *anticientificistas*) las ideologías (o "los valores", como gustan decir los *cientificistas*), pueden llegar a ser adscriptos al "interés" de ciertos grupos o sectores. *Lo que ningún *cientificismo* puede reconocer es el carácter estructural que la ideología tiene en toda práctica social.*

Con respecto al elemento "conocimiento", el *cientificismo* se apoya en una separación lo más estricta posible entre *teoría*, *metodología* y *datos empíricos*. La *metodología* ("universalmente aceptada") define los instrumentos para obtener los datos. Es en el nivel de las teorías que el *cientificismo* admite cierta diversidad, pero con el tiempo las diversas teorías se unificarán, porque el sociólogo verdaderamente científico deberá inclinarse ante la verdad incontrovertible del "dato". En el plano de la estrategia cultural, y en el contexto de nuestro país, el resultado de esta concepción se evidenció con la máxima claridad en la primera mitad del período 1956-66: se desestimula la reflexión teórica y se financia abundantemente la realización de grandes investigaciones destinadas a "recoger datos", que serán analizados a la luz de teorías producidas en el exterior. Ya analicé en otro lugar esta modalidad, que caracteriza típicamente el proceso productivo distorsionado y dependiente que genera el *cientificismo*.<sup>35</sup> El nivel de

34

"Ideología y producción de conocimientos sociológicos en América Latina", cit.

35

Ibid.

los "datos objetivos" aparece así como de un valor indiscutible, sobre el cual no puede haber controversias, no obstante la diversidad de orientaciones teóricas. A los ojos del sociólogo científicista, la "recolección de datos básicos" (con su variante internacional: los "bancos de datos") es una suerte de proceso de acumulación primitiva que asegurará la consolidación de la sociología científica. Cualquier punto de vista que tienda a sugerir que entre teoría, metodología y datos existe una relación más estrecha, de carácter estructural; o que afirme, por ejemplo, que no existen los datos puros, independientes del punto de vista teórico que los ha construido conceptualmente para poder recogerlos; o que sostenga que toda técnica presupone una teoría de la técnica, es inmediatamente visualizado por el científicismo clásico como un peligroso enemigo.

Con respecto al elemento "ideología" (que concibe como un "obstáculo indeseable") el científicismo clásico sólo puede apelar al "carácter intersubjetivo" del conocimiento, expresado en la "comunidad profesional" (local e internacional) <sup>36</sup> De ahí la extrema importancia de la profesionalización. Aquí es donde se evidencia hasta qué punto el científicismo se apoya en una concepción ingenua no sólo de la ciencia y el conocimiento, sino también de los actores sociales y de la sociedad en general: como la ideología representa, en última instancia, un elemento deformador de origen "subjetivo", la comunidad local e internacional de sociólogos será garantía de "objetividad", al asegurar el control recíproco que la comunicación promueve. ¡Como si las soli-

<sup>36</sup>

Véase Gino Germani, "Condiciones objetivas y condiciones subjetivas de la investigación y los investigadores en sociología" y "Notas sobre el problema de la neutralidad valorativa y otras cuestiones de epistemología", ambos trabajos en: *La sociología en la América Latina. Problemas y perspectivas*, Bs. As., Eudeba, 1964.

daridades profesionales fuesen fenómenos sociales ajenos o liberados de las ideologías!

Ejemplos de esta versión clásica del científicismo bajo una forma casi pura, en el contexto de nuestros países, son el de los trabajos de Gino Germani, para la producción local, y el de Johan Galtung como visión de un sociólogo "desarrollado", interesado en América latina, sobre la actividad sociológica en los países en desarrollo.<sup>37</sup>

Un caso particularmente interesante puede hallarse en una obra de José Luis de Imaz, donde el encubrimiento de la ideología cobra la forma de la "especialización":

"El lector no especializado, el que no frecuenta regularmente esta ciencia un poco esotérica que es la sociología, debe saber que trabajos como el que tiene entre manos son siempre a-valorativos. Es decir, análisis de hechos, explicación de las cosas, sobre las que se emiten juicios del ser, en los que sólo se busca una concatenación lógica, ubicados dentro de un encuadre funcional y en el marco de la estructura social global. Pero son hechos, hechos sociales, respecto de los cuales no se abren juicios de bueno o malo, conveniente o inconveniente, mejor o peor. Esos juicios los pondrá el lector. Incluso es necesario que él los introduzca (...) Pero no espere el lector juicios aprobatorios o críticos. Porque no corresponde. (...) Porque si de algo está fatigada nuestra literatura es de los juicios de valor que la atosigan. Y faltan en cambio los trabajos previos, los que expongan e interpreten hechos, los que presenten la situación real, los que tengan por norte la objetividad en el análisis."<sup>38</sup>

Aparece aquí, con máxima claridad, el manejo que el científicismo hace de la cuestión de la ideología. Se observará ante todo que la opción planteada es aquella entre hechos y valores. Esta es la oposición preferida del científicismo, y donde ya la trampa ha sido consumada.

<sup>37</sup>

G. Germani, *op. cit.* Johan Galtung, "Los factores socioculturales y el desarrollo de la sociología en América Latina", *Revista Latinoamericana de Sociología*, 1(1):72-102 (1965).

<sup>38</sup>

José Luis de Imaz, *Los que Mandan*, Bs. As., Eudeba, 1964, p.2.

(En efecto, *una ideología no es un sistema de valores*). Formulado el principio implícito, enteramente falso, según el cual un texto donde no hay proposiciones evaluativas es un texto "objetivo", que "describe la situación real", que habla de los "hechos", aquel lector que no obstante la advertencia, sea lo bastante avisado como para adivinar, en la sociología que se le propone, la presencia de lo ideológico, es calificado de ignorante.<sup>39</sup> Lo dicho tal vez baste para comprender por qué el cientificismo clásico es la concepción que más *orgánicamente* expresa a la *intelligentia* liberal pequeño burguesa, cuando la coyuntura económico-política le abre el acceso a ciertas estructuras de poder en el orden de la cultura. La pretensión de universalidad y autonomía del conocimiento es la forma "moderna" que cobra el ingrediente formalista-moralizante de estas capas medias; el tema de la profesionalización (la "comunidad de los científicos") legitima el poder adquirido a la vez que justifica la marginación de todo compromiso político; la tarea de la "recolección de datos" manifiesta el servicio que, como grupo organizado, prestan al país. A lo largo de los años sesenta, el proceso que tiene lugar en el plano de la instancia económica agudiza las contradicciones a nivel político. Lo mismo ocurre en el área de las instituciones culturales. El cientificismo comienza a enfrentar enemigos externos e internos. La respuesta de los "clásicos" era esperable: sus enemigos no atacan el estructural-funcionalismo ni el cientificismo; atacan *la ciencia*.

39

No faltó, sin embargo, el sociólogo que corrió el riesgo de parecer un lego, y describió algunos rasgos de la ideología presente en el trabajo de Imaz. Véase la reseña crítica de Darío Cantón, quien señala: "... el problema no es, por supuesto, el que el autor tenga una actitud valorativa, sino el que crea no tenerla y dé como resultado impuesto por 'los hechos que mandan' o 'la' sociología, lo que sólo es 'la' visión del autor". *Revista Latinoamericana de Sociología*, 1(1), 1965, pág. 134.

Dentro del campo del cientificismo, sin embargo, se realizan esfuerzos adaptativos. *Ante la creciente inestabilidad de las instituciones universitarias, se comienza a buscar fuentes de legitimación más amplias*. Este movimiento expresa ya, a mi juicio, un resquebrajamiento de la matriz "clásica" del cientificismo en la Argentina, a saber, su raigambre en el liberalismo formalista. En efecto, el cuño liberal de la sociología "empírica" hace que, en un comienzo, la actividad sociológica sea concebida como predominantemente *académica*: el acento inicial está puesto en la formación de investigadores. El núcleo ideológico me parece consistir aquí en que las instituciones universitarias son concebidas como una suerte de recinto que protege la actividad científica de toda "contaminación" con la exterioridad social y con los "intereses" de los grupos que pudieran utilizarla. Cuando esta "contaminación" se empieza a evidenciar como inevitable, bajo la forma de resistencias ideológicas internas a la "comunidad universitaria" y "profesional", ciertas respuestas elaboradas dentro del marco cientificista parecieran traducir el esfuerzo por asimilar la problemática perturbadora de la ideología, "tomando el toro por las astas". Pero el cientificismo no tiene recursos teóricos para desenvolver semejante esfuerzo: sólo puede concebir la ideología como adhesión explícita a determinados "valores". La consecuencia es que el único modo en que el cientificismo puede pensar el "compromiso" del sociólogo con la sociedad es bajo la forma de la "sociología aplicada".

La sociología sale entonces en busca de "clientes" que, más allá de la dudosa protección otorgada por los recintos universitarios, le proporcionen legitimidad profesional. En un trabajo de Torcuato Di Tella, se expresa tempranamente este punto de vista:<sup>40</sup>

40

Torcuato Di Tella, "La sociología y la praxis social. *Revista Latinoamericana de Sociología*, 3(1):84-90. (1967). El trabajo de

Concentrémonos en el análisis de una sociedad del nivel de evolución de la argentina, o sea suficientemente alejada del modelo de la sociedad tradicional, y con una cierta fragmentación del poder político y social. En una sociedad de este tipo, existe una multitud de centros de elaboración de decisiones, desde los cuales se pueden iniciar proyectos de acción, a un nivel social, o sea por encima del individuo. Se pueden incluir aquí las múltiples asociaciones voluntarias, desde sindicatos o cooperativas y entidades culturales, los partidos políticos, las municipalidades y gobiernos provinciales, las reparticiones del Estado, los entes de planificación al nivel regional o nacional, las empresas, privadas o públicas, los medios de comunicación de masas, etc. Todas estas entidades, en una sociedad del tipo de la argentina, gozan de cierta autonomía y posibilidad de iniciar políticas propias, con objetivos definidos por sus grupos dirigentes. (...) Esas unidades... son las que deben ser tomadas como focos del estudio sociológico. Se trata de entidades que en general necesitan — aunque no siempre lo busquen — asesoramiento sociológico para poder alcanzar mejor los fines que se plantean. No siempre están interesadas en el estudio científico de su entorno, pero sí pueden estarlo en que alguien les ayude a elaborar la implementación de sus objetivos (...)

Una sociología revitalizada debe plantearse como temática principal el estudio y asesoramiento de las entidades de acción arriba descritas (...). Es urgente, por lo tanto, lanzarse a la exploración de este campo, aceptando la problemática planteada por las varias instituciones y entidades que elaboran la praxis social" 41

El dualismo conocimiento/valor, como se ve, permite mantener el principio de la "ciencia pura", encapsulada en el primer término, y buscar clientes, definidos según variaciones del segundo término. ¿Cómo se plantea el problema del posible compromiso político-ideológico con esas instituciones? Di Tella responde:

"Si el investigador científico tiene maduramente separadas, en su sistema conceptual, las dos áreas, no temerá tratar al mismo tiempo o en sucesión, temas científicos y temas valorativos.

Di Tella fue presentado a un Coloquio realizado en Buenos Aires en 1963.

41

loc. cit. págs. 87-89

Justamente en la medida en que tenga confianza en su capacidad de diferenciar lo uno de lo otro, no temerá tratar problemas en los que ambos tipos de criterios deben ser tenidos en cuenta (...) Lo que se necesita es explicitar y demarcar lo científico de lo valorativo, pero operando constantemente con ambos órdenes de realidad" 42

El viejo problema ciencia/ideología se resuelve, según Di Tella, en el interior de la subjetividad. La solución es muy sencilla, apenas pone en juego una cuestión de actitud psicológica: hay que tener "confianza" en la propia "madurez" y "capacidad".

Más tarde y siguiendo un procedimiento semejante, la concepción científicista intentó incluso asimilar la problemática relativa a la llamada "dependencia cultural". Una propuesta de Manuel Mora y Araujo es particularmente reveladora, porque en ella se hace aún más claro el rompimiento con la raíz academicista del cientificismo clásico. La sociología "científica", sin mayores complejos, busca ahora nuevos clientes denunciando la primitiva orientación, de corte "universitario". El argumento básico es que, originalmente, la sociología argentina se orientó hacia el sistema internacional de legitimación y recompensas, y también en lo que hace a la financiación. Es preciso entonces, arguye Mora y Araujo, modificar esta orientación, buscando fuentes locales de financiación, lo cual tenderá a disminuir la "dependencia cultural".

"Si la sociología comienza a utilizarse en la sociedad, eso no solamente favorecerá un mayor flujo de recursos a la sociología, que compensará la dependencia financiera, y una mayor participación de los estímulos intelectuales propios en relación a los extranjeros; también dará lugar a la obtención de beneficios por la venta directa de servicios... y esos beneficios permitirán a la vez financiar la realización de nuevas investigaciones básicas. (...) Mi predicción es que la tecnología sociológica será utilizada

42

Ibid., pág. 89.

de más en más por los distintos grupos sociales para fijar sus objetivos e implementar sus metas". 43

Otra vez, ¿cómo hacer frente a la cuestión del compromiso implicado en la "venta de servicios"? Mora y Araujo dice:

"Existe una tendencia a creer que si la sociología puede ser útil a algo, es a la defensa del statu quo. Esta creencia, muy difundida en los sectores de 'izquierda', es tan prejuiciosa como la creencia difundida en los sectores de 'derecha' de que la sociología no es más que un pretexto académico para producir mentalidades subversivas. Creo que la sociología puede ser útil para servir objetivos pro statu quo tanto como anti statu quo, objetivos reformistas tanto como revolucionarios, de derecha tanto como de izquierda. La sociología puede servir para predecir la ocurrencia de guerrillas y controlarlas mejor, pero puede ser igualmente útil a las guerrillas para establecer si sus objetivos son plausibles o descabellados, si los efectos esperados ocurrirán o no. La sociología puede ser muy eficaz si se la utiliza hábilmente en el control de conflictos en una planta industrial: pero no tiene por qué ser menos eficaz para permitir a los obreros fortalecer su posición desde la organización sindical" 44

Con esta estrategia, "la sociología... puede ganar el convertirse en un instrumento útil para modificar la sociedad". 45 ¿En qué dirección? "Cuando hablo del 'cambio de la sociedad', no pienso en un cambio determinado". 46 Y poco después, Mora y Araujo especifica su posición:

43

Manuel Mora y Araujo. "La sociedad y la praxis sociológica". Departamento de Sociología, Fundación Bariloche, 1970, págs. 14 y 16.

44

Ibid. pág. 16.

45

Ibid. pág. 15.

46

Ibid.

"(...) Seguramente es obvio que estoy pensando en una sociedad que, sin ser necesariamente 'mejor' respecto de muchos valores, es por lo menos más racional que las sociedades que habitualmente conocemos. No pretendo ni puedo definir aquí tal tipo de racionalidad de la sociedad: simplemente estoy pensando en una sociedad que requiere, para poder funcionar, una serie de instrumentos racionales aplicables con bastante independencia de valores antagónicos". 47

Se advertirá que el viejo mito según el cual la sociología "científica" está necesariamente asociada al progreso social hacia una mayor "racionalidad", permanece intacto. Pero hay en este tipo de propuesta ciertas diferencias respecto del cientificismo clásico. El sociólogo ofrece ahora sus servicios en un mercado más amplio. El conocimiento sociológico puede beneficiar a todos, permite implementar cualquier política y cualquier ideología. El sociólogo deja su tarjeta, con la esperanza de conseguir trabajo. La afirmación explícita y consciente de la sociología como una tecnología que está más allá (o más acá) de los conflictos y la lucha ideológica y que cualquiera puede comprar, marca la distancia entre este punto de vista y el primer cientificismo, aferrado todavía al "academicismo" universitario, todavía inquieto ante los peligros que pudieran amenazar la "libertad académica". El sociólogo es ahora un tecnócrata que confiesa abiertamente que al hablar del 'cambio', no piensa en un cambio determinado: hacerlo podría atemorizar a muchos clientes potenciales. De lo que parece convencido es de que, evitando cuidadosamente todo planteo relativo al tipo de cambio, podrá contribuir a que la sociedad "funcione mejor", con independencia de los "valores antagónicos" que puedan estar en juego. En otras palabras: podrá contribuir al mantenimiento del orden existente. Porque resulta bastante probable que, en su recorrida del mercado potencial de clientes, no encontrará muchos que opinen que estimular la guerrilla es

47

Ibid. pág. 17.

una manera de hacer "funcionar mejor" la sociedad. Sobre todo si el sociólogo se rehúsa explícitamente a formular criterios *políticos* para decidir entre los varios clientes posibles. Si de lo que se trata es de "favorecer un mayor flujo de recursos a la sociología" y de "obtener beneficios", es fácil imaginar cuales serán, en definitiva, los clientes.

Pienso que este pasaje de un cientificismo académico a un cientificismo tecnocrático obedece, en forma bastante directa, a la evolución de la situación profesional: creciente dificultad para obtener financiación externa (ante el peligro constante de ser públicamente denunciado, junto al hecho de que las Fundaciones norteamericanas fueron restringiendo sus inversiones, debido a la inestabilidad institucional y a la falta de garantías en el plano universitario); aumento constante de la oferta de sociólogos sin un aumento correlativo de la demanda. En todo caso, no hay que olvidar que esta actitud expresa más bien un deseo que una realidad. Tanto Di Tella como Mora y Araujo reconocen que los clientes potenciales escasean: muchos de ellos no parecen estar todavía dispuestos a reconocer la utilidad de la sociología. Adoptando una actitud intro-punitiva, Mora y Araujo acusa a las tendencias academicistas dentro de la profesión, y exhorta a los sociólogos a salir a buscar trabajo con más entusiasmo.<sup>48</sup>

¿Qué ha cambiado, en definitiva, en el pasaje del cientificismo académico al cientificismo tecnocrático? A mi juicio, se trata de una diferencia de estrategia (por esta razón hablé más arriba de "esfuerzos adaptativos") que *deja intacta la teoría básica acerca de la naturaleza del conocimiento científico*. En efecto, *afirmar que la ciencia no está (ni debe estar) al servicio de ninguna ideología ("neutralidad valorativa") y afirmar que puede estar al*

*servicio de cualquiera, es exactamente lo mismo*. Ambas afirmaciones suponen una idéntica teoría de la ciencia, a saber, aquella que sostiene que las oposiciones ciencia/ideología, ciencia/política, ciencia/valores, conceptualizan términos que son irreductibles entre sí, cuya diferencia es *absoluta*.

Toda la mecánica de la ideología del cientificismo se juega en el modo de pensar los dos términos de esas oposiciones, y su relación. Ya señalé, a este respecto, dos cosas: que el término privilegiado por el cientificismo para aludir a "lo otro que la ciencia" es el de *valores*. El cientificismo puede utilizar cualquiera de las tres oposiciones, postulando siempre (en forma implícita o explícita) que: política = valores y que: ideología = valores. El cientificismo clásico pone el acento en el primer término (el conocimiento científico) y lo concibe como debiendo ser autónomo con respecto al segundo. La "ideología", los "valores", la "política", no deben entrar en la producción del conocimiento, son factores indeseables, "obstáculos". El complemento de esta perspectiva es, dentro del cientificismo clásico, la asociación valores (o política o ideología) = subjetividad. El cientificismo tecnocrático concibe el segundo término como más social y menos subjetivo, y lo valoriza un poco más: no necesariamente los valores son un obstáculo; incluso, (como busca demostrarlo Mora y Araujo) pueden dinamizar la producción de ciencia. Pero la relación entre los dos términos sigue siendo una *disociación*: es indeterminada. *El primer término, manteniéndose idéntico a sí mismo, puede asociarse con cualquier valor del segundo* (la ciencia al servicio de cualquier ideología). Por este camino, se puede dar un paso más. Supongamos que el cientificista se politiza, se vuelve de izquierda. Sostendrá entonces que la ciencia debe estar asociada a un solo valor del segundo término, a saber, el socialismo. Esta variante encierra mucho interés, para comprender la dinámica profunda del cientificismo. En efecto, ese

vínculo específico afirmado entre *ciencia y determinados valores*, puede ser o no *pensado teóricamente*. Si lo fuera, se trataría entonces de poner de manifiesto una *relación estructural* (no puramente exterior) entre conocimiento e ideología. En este caso, ciertamente, el científico habría dejado de serlo. Si ese vínculo *no es pensado teóricamente*, sino que su afirmación es *puramente política* (o sea resultado, a su vez, de una valoración) entonces tenemos el *cientificismo de izquierda* (o, eventualmente, de derecha, lo que en todo caso es menos probable entre nosotros, dada la señalada raíz liberal de esta ideología). Por *cientificismo de izquierda* entiendo una concepción donde se afirma un vínculo específico entre ciencia y valores (el vínculo ciencia-socialismo) *pero en la cual se mantiene intacta la teoría científicista básica sobre la naturaleza del conocimiento*.

Esta variante no es por cierto una posibilidad puramente teórica: en la Argentina, un excelente ejemplo es el constituido por los trabajos de Oscar Varsavsky sobre el tema.<sup>49</sup> Los análisis de Varsavsky están centrados en los múltiples condicionamientos del conocimiento científico. Constatamos que la ciencia dominante en los países imperialistas (y que se introduce en los países dependientes) sirve al sistema, y que por lo tanto puede ser en gran medida inútil en un país dependiente que lleve adelante un proyecto político socialista. Cada proyecto político (Neocolonial, Desarrollista Nacional, Socialista<sup>50</sup>) tiene su "estilo" de política científica. Varsavsky exhorta a elaborar el tipo de ciencia ("cualitativamente diferente") que sea adecuado al proyecto socialista. Varsavsky critica al *cientificismo clásico*, impugnando la "pretensión de universalidad", el acento puesto en la "ciencia pura",

la "neutralidad valorativa". Todos estos son rasgos o hipótesis de la ciencia dominante, funcional para el sistema. La supuesta "libertad de investigación" (tema caro al *cientificismo clásico*) es una ilusión: el científico que se cree puro está presionado y determinado por la política de inversión de los fondos para investigación, por las modas importadas de los países centrales, por los sistemas internos de recompensas de la profesión.<sup>51</sup> Varsavsky analiza y critica acertadamente las normas internas que regulan la comunidad de los "científicos", su obsesión por los "papers", la burocratización de la ciencia actual, tanto natural como social. Hay una ciencia "consumista", propia de la sociedad consumista. Los tipos de problemas que se investigan y las metodologías en boga son variables dependientes de las características de la sociedad en la que la ciencia contemporánea es producida. A la luz de un proyecto político nacional orientado hacia el socialismo, la política científica deberá ser distinta, deberá poner la ciencia al servicio de los problemas concretos que enfrentará la sociedad en su proceso de transformación.

Todo esto me parece enteramente correcto y ningún científico de izquierda podría estar en desacuerdo. A lo sumo cabría decir que es tan correcto como trivial (no es trivial, por cierto, para un científico; sí lo es para una posición de izquierda). Es evidente que una planificación socialista deberá determinar prioridades en términos de áreas y problemas de investigación, y sin duda introducirá también profundas modificaciones en el sistema normativo de la comunidad de los científicos. El problema, creo, está en otra parte. Dije al comienzo de este trabajo que una de mis hipótesis fundamentales era que la ciencia es un *proceso pro-*

49

Hacia una política científica nacional. Bs. As., Ediciones Periferia, 1972 y Ciencia, política y científicismo, Bs. As., Centro Editor de América Latina, 1969.

50

Hacia una política...op. cit., págs. 21 y ss

51

Específicamente para el caso de la sociología, analicé algunos de estos aspectos en "Ideología y producción de conocimientos sociológicos en América Latina", loc. cit.

ductivo.<sup>52</sup> En esto también pareciera haber una coincidencia con Varsavsky, quien analiza los distintos aspectos de la ciencia en términos de "capital instalado inicial", "plan de producción", "tecnología o fuerzas productivas", "organización social o relaciones de producción".<sup>53</sup> Cabe preguntar entonces si esto constituye algo más que una retórica, si su descripción es algo más que una nueva aplicación al campo del conocimiento (ha habido muchas recientemente) de una metáfora económica. Porque si es cierto que la ciencia es un sistema productivo, también es cierto que no es un sistema productivo cualquiera. Aparece aquí la pregunta por la especificidad del producto, a saber, *el conocimiento*. ¿Qué quiere decir, *concretamente* (por ejemplo) poner la sociología al servicio del socialismo? No basta contestar que hay que estudiar los problemas sociales que planteará el socialismo, como tampoco basta hacer una lista genérica de esos problemas (lo cual es además bastante sencillo, a nivel del sentido común).

A la luz de este tipo de preguntas, se pueden ir identificando, en las propuestas de Varsavsky, los síntomas inequívocos de la concepción científicista del conocimiento. Es posible hacer una prueba muy simple: imaginemos un sociólogo estructural-funcionalista. Si sus opciones políticas son socialistas, podrá estar de acuerdo, sin ninguna dificultad, con el planteo de Varsavsky. Ahora bien, yo no creo que el funcionalismo tenga ninguna contribución que hacer a la revolución socialista. Esta evocación del funcionalismo (que es apenas un ejemplo) apunta a señalar simplemente el campo de especificidad del sistema productivo de que se trata. La ciencia es un sistema productivo, pero no es lo mismo

52

Cf. "Ideología y producción de conocimientos sociológicos..." loc. cit.

53

Hacia una política...op. cit., págs. 43 y ss.

producir *discursos* que se supone describen lo real, y producir heladeras.

Varsavsky llega, por decirlo así, al umbral del problema. Dice: "Toda definición y descripción es ideológica pues significa elegir las características más importantes del concepto o el problema y dejar de lado muchas otras".

54 Pero esta observación, que podría haberlo llevado hacia el problema crucial de *la ideología en la teoría*, de la ideología como *elemento estructural del discurso científico*, es inmediatamente absorbida por los temas científicos de la "racionalidad" y la "eficiencia": la importancia se refiere a la asignación de prioridades en función de un proyecto político.

Tal como lo señalé al hacer referencia al cientificismo tecnocrático, también en Varsavsky el acento está puesto en la ciencia "aplicada". Afirma incluso que al Neocolonialismo le conviene estimular la ciencia "pura", "básica", "teórica".<sup>55</sup> Esto tal vez pueda ser cierto para las ciencias naturales (cuya situación no estoy en condiciones de juzgar) pero es ciertamente falso para las ciencias sociales (de las cuales Varsavsky también se ocupa). Muy por el contrario, el "estilo" predominante en las ciencias sociales estimuladas por el imperialismo y por el cientificismo correspondió a una de las líneas de trabajo que Varsavsky recomienda con entusiasmo: la recolección y sistematización de "datos básicos", los "bancos de datos".

Es justamente en sus propuestas concretas donde se advierte en Varsavsky el vacío que ningún cientificismo puede llenar: *una teoría adecuada de la producción de conocimientos*. En lo que hace a las ciencias sociales, las únicas recomendaciones concretas que pude encontrar son dos: el estudio de propiedades de sistemas complejos

54

Ibid., pág. 53.

55

Ibid. págs. 47 y 54.

mediante el método de la experimentación numérica y la formación de equipos interdisciplinarios. Resulta difícil imaginar que este tipo de recomendaciones pueda ayudarnos a transformar la sociología actual en una sociología socialista.<sup>56</sup>

En todo caso, los conceptos de "eficiencia", "organización", "información" (usados preferentemente por Varsavsky) no bastan para llenar ese vacío y son al mismo tiempo el síntoma discursivo de un problema ausente. Daré un solo ejemplo, tomándolo del mismo Varsavsky, que atañe a una problemática con la cual estoy bastante familiarizado: la de los medios de comunicación masiva. En las listas de preguntas que Varsavsky presenta como pertinentes para una ciencia socialista, aparece en varias oportunidades la cuestión de los medios. Por ejemplo: "¿cómo estimular la solidaridad social? ¿Qué motivaciones, materiales o no, pueden admitirse? ¿Qué papel corresponde a la educación formal y a los medios masivos a este respecto?"<sup>57</sup> En otro lugar, y en relación con la etapa de la toma del poder, se plantea la cuestión de qué otros medios de difusión y qué tipos de lenguaje habría que utilizar, al no contar con los medios masivos<sup>58</sup>. Digamos, en términos generales, que se señala aquí el problema de los efectos de los medios y de su posible implementación al servicio de una política revolucionaria. Hay que decir que estas preguntas, en sí mismas, no son sino el producto del sentido común: no se necesita tener

56

El propio Varsavsky trabajó con el método de experimentación numérica, en la construcción de un modelo complejo de un sistema social ('Modelo de Utopía'). Está de más decir que en este método (como en cualquier otro) todo depende de las hipótesis sustantivas sobre cuya base se definen las variables que integran el modelo.

57

Hacia una política...op.cit., pág. 33.

58

Ciencia, política y cientificismo, op. cit., pág. 62.

un proyecto socialista para formularlas. Así formuladas, carecen de toda especificidad "socialista". Se las plantearía más o menos del mismo modo en cualquier proyecto político. Vemos pues cómo, detrás de esta propuesta, persiste el modelo del cientificismo tecnocrático: *lo que "politiza" la pregunta es el cliente y no la forma de la pregunta*. Un sociólogo partidario del "sistema" se formularía exactamente los mismos interrogantes, (salvo tal vez en los casos en que la pregunta contiene términos como "socialismo", que generan una ilusión de especificidad). *Me parece evidente que el problema de construir una sociología al servicio del socialismo no consiste en plantear estas preguntas, sino en cómo hacer para contestarlas, o para reemplazarlas por otras*. Lo que estoy diciendo no es que Varsavsky debería haber contestado todas las preguntas que formula, sino que, para ir más allá de la trivialidad de una "lista de problemas" de este tipo, una propuesta como la suya, que se supone discute la cuestión de las relaciones entre ciencia, ideología y política, debería haber planteado este problema, porque es el problema crucial: *el problema del conocimiento*.

En lo que respecta a nuestro ejemplo, (y en este sentido la experiencia chilena fue de una claridad ejemplar) evidentemente no basta con decir que los especialistas en comunicaciones masivas se pongan al servicio del proyecto socialista. En Chile lo hicieron, con un comienzo muy promisorio. He aquí una lista, que me parece menos trivial, de los interrogantes con los que uno se enfrenta en semejante situación: ¿de qué estamos hablando, concretamente, cuando hablamos de los "efectos" de los medios? ¿Cómo hacer para destruir la noción misma de "comunicación de masas", que contiene una carga ideológica muy precisa? ¿Podemos comprender algo acerca de los mecanismos de producción de la significación en el plano de la sociedad global, si seguimos usando el concepto de "comunicación"? ¿Con qué

instrumentos analizar los mensajes, enormemente complejos, de los medios? ¿Qué implican, ideológicamente, dentro de los medios, los "géneros", socialmente institucionalizados? La lista podría ser muy larga. Varsavsky dice: "¿...qué lenguaje debe usarse ante las distintas clientelas? Hay que hacer hipótesis teóricas o ir verificándolas con encuestas y otros procedimientos accesibles" <sup>59</sup>. Ante semejante consejo, que combina curiosamente la banalidad ("hipótesis teóricas") con un total desconocimiento del problema ("encuestas"), sólo cabe dar las gracias.

En ciencias sociales, lo que está en juego es la producción de conocimientos, y de cómo el conjunto del sistema productivo de la ciencia deja sus "rastros" en el conocimiento producido. Para el cientificismo tecnocrático, esos "rastros" se reducen a una cuestión de selección entre temas de investigación o entre métodos más o menos "eficientes"; en suma, como dice Varsavsky, a un problema de "implementación", de "tecnología social".

### B. El anticientificismo

La agudización de los conflictos a nivel político, a lo largo de los años sesenta, genera crecientes tensiones contra la orientación cientificista dominante. Y mientras el cientificismo mismo sufre un proceso de transformación, como se señaló en la sección precedente, emerge su contra-ideología: el *anticientificismo* <sup>60</sup>. Esta contra-ideología tiene dos versiones: de "izquierda", donde la concepción antiimperialista conserva ciertos rasgos conceptuales del marxismo, y de "derecha", caracterizada por un núcleo nacionalista-antimarxista. Ambas versiones comparten

<sup>59</sup>

Id., *ibid.*

<sup>60</sup>

Sobre la noción de contraideología, véase "Ideología y producción de conocimientos sociológicos en América Latina", *loc. cit.*

un rasgo básico común: en tanto contra-ideologías, se limitan a invertir los términos de la ideología que combaten y en consecuencia están condenadas a *ignorar* (y a *ocultar*) el objeto del que pretenden ocuparse: la práctica científica. Estas respuestas contra-ideológicas ante el cientificismo dominante, no pudieron distinguir la práctica científica de la imagen que de ella proponía el cientificismo. Su oposición a este último es entonces, *de hecho*, un rechazo de la práctica científica misma. Ambas versiones, por decirlo así, arrojan el niño con el agua de la bañera.

Analiqué en otro lugar el surgimiento de una contra-ideología anticientificista dentro del movimiento estudiantil en sociología, hasta 1968; aquí me limitaré a mencionar ciertos desarrollos posteriores, dentro del ámbito profesional de los sociólogos <sup>61</sup>. En ese trabajo dije que "la contra-ideología no revela o manifiesta las contradicciones inherentes a la ideología a la que se opone; por el contrario, crea contradicciones para los mismos que la sustentan" <sup>62</sup>. Esta hipótesis me parece igualmente aplicable a las perspectivas anticientificistas de izquierda y de derecha, a las que voy a referirme enseguida. En verdad, la oposición cientificismo/anticientificismo forma un sistema, se trata de ideologías complementarias que, *en su conjunto*, expresan las contradicciones de los sectores sociales en que se generan. Ahora bien, una diferencia importante entre ideología y contraideología consiste en que la primera es *prácticamente más adecuada* que la segunda a la situación objetiva de los grupos portadores (los expresa "más orgánicamente", habíamos dicho). La contraideología genera contradicciones adicionales, es una "conciencia desdichada". Este aspecto se revela

<sup>61</sup>

*ibid.*

<sup>62</sup>

Cito de *Conducta, estructura y comunicación*, op. cit., pág. 358.

claramente en el hecho de que, en última instancia, el anticientificismo desemboca en un rechazo de la práctica científica misma, en una negación de la identidad social-profesional desde la cual se realiza la crítica. Es por ello que los textos del anticientificismo suelen ser más incoherentes y contradictorios que los del científicismo; están más cargados de síntomas indicadores de la imposibilidad de disolver la contradicción que les da a esos textos su fundamento discursivo.

En la medida en que el rechazo de la orientación que controla las estructuras institucionales del poder profesional hasta 1966 se convierte aquí en un rechazo puro y simple de la ciencia, la conclusión es inevitable: se anula (conceptualmente) la diferencia objetiva entre práctica política y práctica científica, se disuelve la segunda en la primera. Esto no puede hacerse sin contradicción, puesto que la condición insalvable para plantear adecuadamente la articulación entre ambas prácticas es reconocer su diferencia objetiva. Esta anulación (que es, por supuesto, puramente imaginaria) equivale a afirmar (más o menos explícitamente, según los casos) que el científico será auténticamente revolucionario sólo en la medida en que deje de ser científico; en la medida en que abandone su práctica específica. Esta paradoja expresa, con máxima claridad, la contradicción que genera el discurso anticientificista dentro de la *inteligentzia* pequeñoburguesa. La confrontación científicismo/anticientificismo debe ser ubicada, a su vez, en el marco de la coyuntura relativa a la lucha de clases en el plano global de la instancia política. No es un azar que el anticientificismo, tanto de izquierda como de derecha, haga del antiimperialismo su tema dominante, y tienda sistemáticamente a olvidar el complemento indispensable de toda teoría correcta del imperialismo: *la lucha de clases dentro del país dependiente*. El anticientificismo nunca analizó sus condicionamientos de clase, no discutió el hecho de ser un discurso producido en el interior de la *inteligentzia* pe-

queñoburguesa. Lo cual muestra que nos hallamos fundamentalmente ante un conflicto *intra-clase*; la lucha científicismo/anticientificismo es en buena medida una manifestación de *la lucha por el poder cultural*, dentro del ámbito de las capas medias. No puede extrañar entonces que los modos de articulación entre los intelectuales y el "pueblo" o la "clase obrera" permanezcan generalmente en el misterio, no se discutan nunca concretamente, y que dicha articulación sea apenas el objeto de alusiones genéricas de carácter puramente imaginario. He creído hallar en un trabajo destinado a denunciar el llamado "Proyecto Marginalidad" un buen ejemplo del anticientificismo de izquierda.<sup>63</sup> El leit-motiv es la denuncia de la penetración imperialista en las estructuras culturales del país dependiente, tanto a nivel económico (financiación de las investigaciones) como ideológico. Pero aquí la denuncia adquiere un tono netamente

63  
C.A. Bastianes, S. Colabella, H. Rapoport, I. Viñas, "Dependencia e investigación social. El caso del Proyecto Marginalidad" Bs. As., diciembre 1969 (mimeógrafo). Debe quedar claro que, en este punto, el tema en discusión no es el Proyecto Marginalidad, sino lo que llamo el anticientificismo de izquierda, representado por la crítica al Proyecto Marginalidad que acabo de citar. Los trabajos emanados de este proyecto me parecen ubicarse en una corriente sociológica inspirada en el pensamiento marxista, que se consolidó en el período 1966-72, y al que me referiré en el capítulo siguiente. Para evitar malos entendidos, quiero dejar aclarado que siempre estuve en total desacuerdo con el Proyecto Marginalidad en lo que hace a la "estrategia científica" que representó, si bien me siento cerca de su orientación teórica. Por cierto que mi desacuerdo no se basa en las razones dadas por los críticos aludidos. Si de algo podría acusar a los inspiradores del Proyecto Marginalidad, es de una imperdonable ingenuidad. Pero no tengo la más mínima razón para dudar de sus intenciones, ni estoy dispuesto a creer que sean "agentes del imperialismo". Tampoco dudo (a nivel estrictamente personal) del entusiasmo que ponen estos críticos al denunciarlo. Simplemente, como lo señalé en la introducción, no estoy dispuesto a aceptar (ni a ejercitar) el "terrorismo intelectual" del que el trabajo de Bastianes, Colabella, Rapoport y Viñas es un buen ejemplo.

“marcusiano” y conduce a una curiosa paradoja. En efecto, a) todos y cada uno de los aspectos del sistema institucional está sometido a la penetración imperialista. Esta penetración es directa o indirecta, concierne a los organismos públicos y privados, universitarios y extrauniversitarios. En suma: a la totalidad del sistema. b) La sociología así producida favorece necesaria y fatalmente al imperialismo, no tanto por su deformación ideológica (que generalmente contiene) sino por proporcionar *información útil*, que sólo podrá ser implementada por el imperialismo. En otras palabras: lo que el imperialismo financia es la producción de “datos”. No le interesa la “orientación teórica” de las investigaciones (puede financiar incluso investigaciones con un marco teórico marxista o pretendidamente marxista, como sería el caso de Marginalidad). Lo que le interesa son los datos concretos. Estos, por el hecho de constituir información adecuada sobre la realidad, favorecerán necesariamente al imperialismo, quien está en condiciones de instrumentarla a los fines de la dominación y la represión. (Si se produjera información falsa o irrelevante no habría, claro, por qué inquietarse). Como puede verse, los autores comparten con el cientificismo el mito de la autonomía de los datos con respecto a la teoría.

“Nun reiteradamente recurre al marco teórico utilizado, al cual nunca le pone nombre y apellido, pero suponemos que se refiere al marxismo, como prueba ideológica de lo inofensivo de esta investigación (...) el razonamiento de Nun comete la grosería de suponer implícitamente que el carácter marxista de un marco teórico le quitaría a la investigación y a sus datos y resultados la posibilidad de ser instrumentados por el imperialismo en su finalidad de manipular a los marginales. Así, olvida que es posible asumir ciertas hipótesis marxistas solo por su corrección científica, prescindiendo del correlato de praxis política y objetivos revolucionarios del marxismo, como un marco teórico juzgado más fructífero porque da mejor cuenta de la realidad, es decir, porque permite entenderla, explicarla mejor y por lo tanto manipularla con más efectividad, aun desde objetivos y finalida-

des reaccionarias como las del imperialismo. O sea, desde el punto de vista científico, una investigación cuanto mejor realizada más posibilidades ofrece de actuar sobre la realidad.”<sup>64</sup>

En otras palabras, el consejo es el siguiente: si usted es marxista, y está convencido de la validez del marxismo como teoría científica, no se le vaya a ocurrir hacer investigaciones, porque serán utilizadas por el imperialismo. Como ya alguien dijo alguna vez, no cabe ninguna duda de que *El Capital*, con su enorme influencia, favoreció el desarrollo posterior de la economía burguesa post (y anti) marxista. Marx no debería haberlo escrito.

La posición de los autores conduce, finalmente, a una reducción al absurdo del problema de la relación entre ciencia, ideología y política: su propio planteo termina por hacer irrelevante la larga descripción inicial acerca de la penetración imperialista.

Dicen: “...este conocimiento de la realidad, necesario para cambiarla, no es posible obtenerlo a través de la financiación del imperialismo pues esto supone suministrarle información”. Esta proposición es con toda evidencia falsa, sobre la base misma de la perspectiva que se desarrolla en el trabajo comentado. Como uno de los rasgos del conocimiento científico es su carácter público, es claro que ello automáticamente lo pone a disposición del imperialismo el cual está, como lo señalan los autores, en las mejores condiciones para implementarlo rápidamente. Si ello es así, en el fondo carece de toda importancia si la producción de dicho conocimiento ha sido financiada o no por los centros imperialistas: el imperialismo recibirá información que puede utilizar, aun en los casos en que la investigación haya sido financiada por una organización de izquierda. *Salvo que dicha información no sea pública*. En efecto, la alternativa es

64

“Dependencia e investigación social”, op. cit., págs. 19-20.

clara: o producimos conocimientos irrelevantes o los conocimientos deben ser *producidos en secreto*, para que el imperialismo no pueda utilizarlos:

"...dada la ya reconocida relevancia política del tema (del proyecto Marginalidad) una investigación de este tipo solo se justificaría si se asegura que sus resultados sólo sean conocidos por aquellos sectores enrolados realmente en la lucha por la liberación nacional y social" 65

Dicho de otro modo: Marx tal vez hizo bien en escribir *El Capital*, pero no debería haberlo publicado.

¿Cuáles son esos "sectores enrolados realmente en la lucha por la liberación"? ¿Hay alguna alternativa para la investigación científica antiimperialista, que no sea el "contraespionaje"? ¿Cómo se la financiaría? ¿Cómo se plantea la cuestión de articular a los científicos con los sectores revolucionarios? Tras cuarenta páginas destinadas a desplegar la paradoja señalada, hay apenas una que alude vagamente a estos interrogantes.

Simultáneamente, emergen a la superficie del discurso los síntomas de las raíces intra-clase, profesionales, de esta polémica. Mencionaré dos. Por un lado, los autores manifiestan su acuerdo con una afirmación de José Nun, y lo citan: "dado que la dependencia afecta al sistema en su conjunto, la cuestión de los subsidios queda englobada en otra más amplia e importante; la factibilidad misma de la investigación en ciencias sociales en el seno de instituciones legitimizadas por un orden consuetudinario dependiente". Hasta aquí Nun. Los autores comentan:

"Pero, es necesario jerarquizar, pues no todas las tareas 'legales' del intelectual en los países dependientes tienen el mismo grado de 'contaminación' o compromiso con el Sistema. Dejar de lado este hecho y creer que 'todos los gatos son pardos', constituye un confuisionismo interesado que busca ocultar que no es exactamen-

65

Ibid., pág. 38.

te lo mismo, por ejemplo, dirigir una investigación en Ciencias Sociales sobre un tema que interesa y financia el imperialismo yanqui, que trabajar en otras instituciones del Sistema en relación de dependencia, sin responsabilidad ni poder de decisión." 66

El síntoma es flagrante, porque aparece aquí aludida la cuestión del *control* del poder institucional de la profesión. Los autores han demostrado cabalmente que todas las instituciones del Sistema están contaminadas. Entonces, por cierto que no es lo mismo dirigir una investigación que ser un "empleado", "sin responsabilidad ni poder de decisión": en ambos casos se colabora con el imperialismo, pero en el segundo (a falta de poder, o precisamente por ello) el intelectual puede darse el lujo de tener la conciencia tranquila.

El segundo síntoma corrobora el que acabo de señalar. Los autores afirman que es preciso ligarse "indisolublemente a la acción de los sectores explotados". Y agrégan a continuación la única propuesta específica que pude descubrir en este trabajo: "Esto exige, como primer paso, encontrar métodos organizativos básicos que colectivicen la acción de los intelectuales, hoy dispersos y atomizados" 67 De los otros pasos no se habla; el único que se señala contiene apenas una propuesta profesional (vale decir, pertinente sólo para los "intelectuales"), de carácter *gremialista*.

En el anticientificismo de derecha, la denuncia de la penetración imperialista en las ciencias sociales se asocia a temas ideológicos característicos de cierto nacionalismo populista. Aquí (del mismo modo que en el cientificismo de izquierda) la descripción de los efectos de la dependencia en el plano de la cultura, así como la crítica al cientificismo dominante en el período 1956-66, es en cierta medida correcta (aunque contiene, por su uni-

66

Ibid., págs. 36-37.

67

Ibid., pág. 40.

dimensionalidad simplista, un profundo error, que no es de grado sino cualitativo). Pero el anticientificismo de derecha (que adquirió poder institucional dentro de la Universidad de Buenos Aires en las llamadas "cátedras nacionales", tras el golpe militar de 1966) no tiene instrumentos conceptuales para proponer una posición alternativa que no sea, una vez más, la disolución imaginaria de la ciencia en la política.

Esta disolución adquiere diversas formas. En algunos casos, consiste en el llamado a la incorporación al movimiento peronista, sin que se nos proporeione la más mínima indicación de la manera en que la acción política (no estoy discutiendo aquí la validez *política* del peronismo) generará una buena sociología, o una sociología mejor que la producida por el cientificismo.

"La construcción de una sociología nacional es posible, como así también la elaboración de las herramientas conceptuales necesarias para las tareas de investigación y procesamiento teórico, pero siempre y cuando que el sociólogo realice sus tareas al servicio del Movimiento Nacional de Masas. La creatividad en este aspecto estará dada en forma fecunda por el enlace organizativo y organizado de este intelectual argentino con la estructura organizativa y organizada de la capacidad revolucionaria de las masas: el Peronismo Leal a Perón".<sup>68</sup>

En otros casos, la anulación de la práctica científica y su especificidad es enunciada en términos ligeramente más teóricos:

"...la sociología como disciplina científica está siempre ligada estrechamente a un orden estatal, sin Estado no hay sociología. O en otras palabras, suprimida la exterioridad del Estado, la sociología pierde su razón de ser, en un Estado consciente de sí —

68

Gonzalo Horacio Cárdenas, "De una sociología colonial a una sociología nacional", Bs. As., Ediciones El Tabuco, 1969 (mimeógrafo).

que es un Estado que ya ha dejado de serlo— la sociología es pura política."<sup>69</sup>

Aun cuando semejante planteo pudiera resultar aceptable en un plano utópico, referido al modelo de la sociedad socialista futura, lo que nos interesaría saber es *qué sociología debemos hacer aquí y ahora en la Argentina*, donde, por cierto, el Estado está muy lejos de haber desaparecido. Sobre este punto el anticientificismo de derecha no parece tener nada que decir, salvo la vaga recomendación de que hay que estudiar problemas nacionales, con teorías y métodos nacionales. Planteado el problema de la dependencia cultural y de las orientaciones dominantes en el período de institueionalización de la sociología "empírica", se trata de saber qué significa construir teorías nacionales y reemplazar unos métodos por otros.

La orientación que discutimos no ha formulado, hasta el momento, ninguna proposición relativa a los métodos. Aquí puede también advertirse, bajo otra forma, la disolución de la práctica científica. En una polémica con Francisco Delich, Roberto Carri reivindicó el "método del estaño", practicado por Arturo Jauretche:

"El verdadero científico, el ensayista político, el político, realizan crean— individualmente esa conciencia social, esa práctica social, y con los pies bien afirmados en la realidad que analizan y donde actúan, desarrollan su explicación. Este es el método del 'estaño', que tanta gracia le causa a Delich."<sup>70</sup>

Este punto de vista puede interpretarse de dos maneras. O bien se trata de una recomendación genérica, un llama-

69

Roberto Carri, "El formalismo en las ciencias sociales", Bs. As., *Antropología 3er. Mundo*, n° 1, 1968, pág. 1.

70

Roberto Carri, "Un sociólogo de medio pelo", *Revista Latinoamericana de Sociología*, 4(1), 1968, pág. 128.

do al "realismo", en cuyo caso nos encontramos ante un sano consejo, válido para cualquier orientación ideológica, pero que no contiene ninguna precisión de método, o bien se alude a una modalidad específica de trabajo, de carácter 'etnográfico', conocida desde hace mucho por los antropólogos y reactualizada en años recientes por ciertas corrientes sociológicas un poco marginales, en los Estados Unidos: la descripción de (y en contacto con) la vida social cotidiana. En este último caso, difícilmente se podría aceptar que esta modalidad es susceptible de fundar en su conjunto la metodología sociológica.

Pero en el fondo, este tipo de discusión con los "sociólogos nacionales" es completamente inútil. El "método del estaño" contiene apenas una exaltación del sentido común (por oposición al carácter "formal" y "abstracto" de la sociología cientificista), una reivindicación de lo "concreto". En suma, una concepción profundamente errónea de lo que es el conocimiento científico. En este sentido, el anticientificismo de derecha es típico representante de una epistemología ingenua que bajo el nombre de "fetichismo de lo concreto" he discutido en otro lugar a propósito de una variante marxista.<sup>71</sup> ("Reivindicamos —dice Carri— un conocimiento *singular* o *particular* (...) la autoconsciente disciplina *nacionalista* del pensamiento, al expresar las luchas del pueblo por su liberación, señala el camino para establecer un concreto pensamiento universal cuando los pueblos hayan enterrado al sistema imperialista")<sup>72</sup>.

En cuanto a los fundamentos teóricos, en los casos en que intenta alguna precisión, el anticientificismo de derecha se coloca paradójicamente en la más extrema vaguedad y en un nivel de abstracción que por cierto es mucho mayor

71

"El fetichismo de lo concreto", en: *Conducta, estructura y comunicación*, op. cit.

72

Roberto Carri, "El formalismo en las ciencias sociales", (2da. parte), *Antropología 3er. Mundo*, n° 2, 1969, pág. 63.

que el que alguna vez se atrevió a ejercitar el cientificismo. Sus conceptos claves son aquellos que carecen de todo valor analítico para el estudio de la realidad social: 'masas', 'pueblo', 'Tercer Mundo', 'totalidad' (concepto este último que no deja de estar en contradicción con la habitual insistencia en la especificidad de los procesos nacionales de liberación). "El objeto de la crítica, como método, es aclarar la *totalidad* del hombre y su mundo partiendo del *ser social*"<sup>73</sup>. En algún caso se esboza una teoría del sujeto que contiene una "extraña tonalidad idealista":

"Existe, entonces, una doble producción, producción de lo real y producción de lo conceptual. Doble producción en la que, siempre, se parte de algo ya elaborado, para transformarlo, a su vez, por medio de los instrumentos o medios de producción. Doble producción cuya unidad se da en el 'trabajo creador' (...) con el mismo ritmo con que cambia el objeto cambia el sujeto. Este ya no es el sujeto que duda del mundo, o el sujeto constituyente de la realidad de ese mundo, sino que nos encontramos con un 'productor de la realidad' (de lo real y lo conceptual). Ese sujeto está inmerso en un proceso de producción de la realidad total, y se define en función de la estructura de producción de esa realidad, que lo determina"<sup>74</sup>.

Aun bajo el supuesto (extremadamente optimista) de que textos como el que acabo de reproducir tengan alguna significación, lo curioso es hallarlos asociados a una insistencia obsesiva en la necesidad de ser "concretos". El discurso producido por el anticientificismo de derecha tiene una estructura muy clara. Primero, la oscilación permanente entre una retórica oscura e indeterminada,

73

R. Carri, "El formalismo en las ciencias sociales", *Antropología 3er. Mundo*, n° 1, 1968, pág. 2.

74

G. H. Cárdenas, "La sociología neocolonialista en la Argentina", en: Rosalía Cortés (Comp.) *Ciencias sociales; ideología y realidad nacional*, Bs. As., Tiempo Contemporáneo, 1970, pág. 134 (este trabajo apareció originalmente en 1968).

que en el mejor de los casos podría clasificarse como filosofía social, y las reivindicaciones de lo "concreto". Segundo, la disolución (cuya viabilidad permanece igualmente indeterminada) de la práctica científica en la política, bajo la forma de invocaciones al 'pueblo', la 'cultura popular',<sup>75</sup> los 'movimientos de liberación del Tercer Mundo', el 'ser nacional', junto con la denuncia del imperialismo y la ciencia que lo representa. Tercero, la ausencia de toda especificación de criterios, tanto a nivel teórico como metodológico, que indiquen cómo elaborar esa sociología (o esa política-del-conocimiento) que ocupe el lugar de la sociología formalista y neocolonial producida por el cientificismo. A estos rasgos cabe agregar la nota de un antimarxismo profundo, más o menos disimulado o más o menos explícito, según los autores.<sup>76</sup>

Lo dicho bastará para comprender que, en definitiva, es erróneo interpretar el anticientificismo de derecha como un discurso sobre las ciencias sociales. Su objeto no es una ciencia o conjunto de ciencias. Se trata de un discurso en función puramente política, que expresa los esfuerzos de ciertos grupos intelectuales por subirse al carro político del peronismo. Esta literatura se multiplicó y adquirió cierta notoriedad a partir de 1966, cuando gracias a la coyuntura abierta por el golpe militar de Onganía, adquirieron cierto poder institucional en la Universidad. Cárdenas es el que más claramente ha explicitado el componente político de esta perspectiva:

"El primer paso...debe ser la búsqueda, por parte de los encuadramientos nacionalistas universitarios, de las soluciones organizativas y de las formas ideológicas emergentes de esas formas organizativas, aptas para la cristalización de la integración or-

75

C. Justino O'Farrell, "La cultura popular latinoamericana", *Antropología Ser. Mundo*, n.º 2, 1969, 19-25

76

Particularmente claro en Cárdenas.

ganizada de un componente social importante en la liberación nacional y social: las capas intermedias".<sup>77</sup>

Cárdenas se encarga al mismo tiempo de recordar que "el esquema marxista clásico de la división de clases, de la época del capitalismo de libre concurrencia, hoy no tiene validez, pues la estructura social se encuentra condicionada en su evolución por el neo-colonialismo y su coexistencia, y la lucha social se da como lucha nacional".<sup>78</sup>

A partir de 1966, como lo señalé, los "sociólogos nacionales" adquieren cierto poder en la Universidad. Se encontraban pues en una posición desde la cual podrían haber asumido una tarea con cierta importancia histórica: podrían haber contribuido, de manera sistemática, a la elaboración de la teoría política del movimiento peronista. Contaban, además, con un considerable apoyo estudiantil. Y sin embargo, esto no ocurrió. El noventa por ciento de los textos producidos por este grupo está dedicado a combatir el fantasma del cientificismo (ya entonces en proceso de franco deterioro institucional). Esto no es casual: volvemos a encontrar, una vez más, las señales de la naturaleza puramente intra-clase de los conflictos expresados en esta literatura. Los "sociólogos nacionales" marcan así una nueva etapa de las luchas intestinas de las clases medias ilustradas por el poder cultural. A esta determinación (que es la principal, porque concierne la posición de clase) cabe agregar otras, secundarias. La verticalidad típica del movimiento peronista no estimula precisamente la originalidad en el campo de la ideología. Por otra parte, muy rápidamente la historia de las luchas internas dentro de las capas medias se va desplazando: ciertos sectores del peronismo se

77

G. H. Cárdenas, "El Movimiento Nacional y la Universidad", *Antropología Ser. Mundo*, n.º 3, 1969, pág. 47.

78

*Ibid.* pág. 53.

van radicalizando cada vez más, y los "sociólogos nacionales" comienzan a ser desbordados por la izquierda estudiantil.

### C. La producción social del conocimiento

La discusión precedente ha tenido, entre otros objetivos, el de "remover", en tono polémico, una serie de problemas cruciales que giran en torno al concepto de *práctica científica*, y su relación con la ideología y la política. Ha llegado el momento, creo, de dar ciertas indicaciones mínimas acerca de los supuestos que están detrás de este trabajo. Estos supuestos serán presentados como tales, dado que la tarea de fundamentarlos teóricamente excede por completo los límites de este ensayo, que quiere ser ante todo histórico-interpretativo de un período.<sup>79</sup>

La ciencia, dije, es un *sistema productivo*, una práctica social articulada con las demás prácticas que configuran una formación social determinada.<sup>80</sup> El producto de la ciencia, el resultado material de esta práctica es el llamado *discurso científico* (lo que tanto las epistemologías idealistas como la conciencia social llaman "el conocimiento"). El estudio de este sistema productivo abarca pues, necesariamente, dos grandes aspectos: a)

<sup>79</sup>

He intentado acercamientos parciales a esa fundamentación en: *Conducta, estructura y comunicación*, op. cit.: "Condiciones de producción, modelos generativos y manifestación ideológica", en/ E. Veron (Comp.) *El proceso ideológico*, Bs. As., Tiempo Contemporáneo, 1971; "Linguistique et sociologie. Vers une logique naturelle des mondes sociaux", *Communications*, n° 20, 1973; "Remarques sur l'idéologique comme production de sens", *Sociologie et Sociétés*, Montréal, 5(2): 45-70, 1973.

<sup>80</sup>

Aunque muchas de mis hipótesis son, creo, válidas para las ciencias empíricas en general, se entenderá que lo que sigue está esencialmente referido a las ciencias sociales.

las condiciones de producción; b) el "conocimiento", que resulta de un proceso de producción discursiva sometido a determinadas condiciones. *Estos dos grandes aspectos son insolubles*. Para acceder a una teoría correcta de la práctica científica, lo esencial es comprender que resulta indispensable a la vez *mantener la distinción* entre estas dos instancias, y *conceptualizar adecuadamente sus relaciones*. El científicismo las disocia, el anticientíficismo las confunde.

La relación entre estas dos instancias es lo que define, dentro del conjunto de procesos y fenómenos sociales, aquellos aspectos que pueden ser considerados condiciones de producción de un tipo de discurso (en este caso, el de la ciencia). En efecto, no todo lo existente en la sociedad es "condición de producción" del discurso científico. ¿Cómo diferenciar lo pertinente de lo no pertinente? Para poder afirmar que determinado aspecto de lo social es condición de producción de cierto tipo de discurso, *hay que mostrar que ha dejado sus huellas en el discurso*.

(De lo contrario, cualquier cosa podría ser afirmada como "condición de producción" de lo discursivo, con lo cual caeríamos en la más completa arbitrariedad).

En este contexto se ubica la noción de *ideología*. El problema de la relación ciencia/ideología es el problema de cómo la producción discursiva de la ciencia está determinada por sus condiciones de producción. *'Ideología' es el nombre que damos al conjunto de hipótesis relativas a la generación de un discurso, y que debemos formular para comprender la relación entre ciertas propiedades de ese discurso y aquellas condiciones de producción que están determinadas a su vez por la lucha de clases dentro de la formación social*. "Lo ideológico", entonces, no es una propiedad del discurso mismo, sino el nombre de una *relación* muy específica entre lo discursivo y lo extradiscursivo.

De lo dicho se desprenden ciertas consecuencias, entre las

cuales mencionaré las que me parecen más importantes. En primer lugar, todo discurso está sometido a condiciones determinadas de producción. Todo discurso llamado "científico" está sometido a condiciones ideológicas (históricas) de producción. La imagen de una ciencia "pura" equivale a la imagen de un discurso científico sin condiciones de producción. En otras palabras: es un fantasma producido por el imaginario ideológico de ciertas capas sociales (precisamente, las que están por lo general insertadas en la práctica científica, lo que equivale a decir que esta imagen a su vez se explica por sus condiciones de producción).

En segundo lugar, "lo ideológico" en el discurso mismo no tiene nada que ver con los "valores". La vieja problemática que discutía la diferencia entre "proposiciones asertivas" o "descriptivas" y "juicios de valor", es enteramente irrelevante. Es el modelo del sistema ideológico, que necesitamos construir para comprender las propiedades del discurso, el que implica *mecanismos de selección* (y por lo tanto "valoraciones") que explican por qué la superficie discursiva muestra unas propiedades y no otras. Un discurso constituido por un encadenamiento de aserciones (forma habitual del discurso científico) está tan sometido a condiciones ideológicas de producción como un discurso que sólo contiene juicios de valor, expresiones de preferencia o interjecciones. Estas últimas diferencias conciernen la *forma superficial* del discurso. La noción de ideología remite a las estructuras subyacentes del discurso (proceso de producción) las cuales a su vez se explican por las condiciones de producción extra-discursivas.

La primera de las consecuencias mencionadas quiere decir, formulada en un lenguaje más tradicional, que "todo conocimiento está socialmente determinado". Este tipo de afirmación se asocia a las viejas discusiones acerca de la "relatividad del conocimiento" y acerca de las supuestas contradicciones en que caen los que sostienen

dicho condicionamiento. El planteo que aquí se sugiere es totalmente indiferente a semejante problemática. En efecto, en el horizonte de la epistemología tradicional, afirmaciones como la que acabo de recordar (o su contraria: la hipótesis de un carácter "absoluto" de la verdad científica) se plantean en un plano lógico-epistemológico-normativo (sin que a menudo se hayan distinguido claramente estos niveles). El presente enfoque es *empírico*: se trata de estudiar concretamente qué propiedades posee lo que la sociedad llama el "discurso científico" (el "conocimiento") y qué condiciones de producción pueden explicar esas propiedades. Si se quiere conservar el término tradicional ("epistemología"), se podría decir que se trata de fundar una epistemología empírica materialista sobre la generación del conocimiento. Esta epistemología deja completamente de lado los viejos problemas filosóficos acerca de la "verdad". ¿Pero cuáles son a su vez los fundamentos de esta epistemología? ¿No es absoluta? Y si no lo es, ¿no se cae en contradicción? Me parece evidente que no; a ella se le aplica la misma teoría a que aludimos; si se quiere, ella es *también* la teoría de sí misma. Lo cual conduce, como lo señalé en otro lugar <sup>81</sup> a un "regreso al infinito", a un sistema abierto que en modo alguno es contradictorio. Esto implica que la práctica científica contiene una propiedad esencial: la de poder volverse sobre sí misma, la de poder someter a análisis el propio discurso producido (bajo las mismas condiciones de operación que definen todo "conocimiento"). La práctica científica puede entonces, por ejemplo, generar análisis de sus propias etapas anteriores, lo cual es válido para cada momento (hay, pues, "regreso al infinito"). Esta propiedad es constitutiva de lo que se llama habitualmente el "conocimiento científico" y que lo diferencia de otros

81

"Ideología y sociología: para una pragmática de las ciencias sociales", en: *Conducta, estructura y comunicación*, cit.

tipos de discurso que sólo pueden constituirse en la medida en que "obturaran" esta posibilidad de auto-reflexión. Uno de los casos más importantes de esta última clase es lo que llamaré *el discurso en función ideológica*. Al discurso que mantiene "abierta" la posibilidad de la auto-reflexión lo llamaré *discurso en función científica* (o de conocimiento). A esta propiedad se alude, en la terminología tradicional, cuando se afirma que el conocimiento científico se presenta siempre como "relativo", "perfectible", "susceptible de ser falsificado", expresiones utilizadas con frecuencia por el cientificismo. Lo que el cientificismo nunca comprendió es que esta propiedad concierne a la *función* del discurso (en el plano de la recepción) y no a sus condiciones de producción, que son siempre y necesariamente ideológicas. En otras palabras: un discurso, al presentarse como relativo, define su función "de conocimiento", pero no por eso deja de estar ideológicamente determinado en su producción. *Todo discurso (científico o no) es ideológico en su producción; algunos discursos (los que llamamos habitualmente "científicos") neutralizan la función o el efecto ideológico a nivel de la recepción, en la medida en que contienen mecanismos de auto-reflexión.*

De lo dicho se desprende que lo que he llamado "discurso en función ideológica" es un discurso *que se presenta como absoluto*. Lo que la conciencia social reconoce como "discurso político" tiene esas características.

El otro error del cientificismo (también explicable por razones ideológicas) es que de la *posibilidad* de la auto-reflexión dedujo que esa propiedad está siempre y necesariamente presente, y que por lo tanto eso asegura, siempre y necesariamente, la "objetividad". Esta conclusión es empíricamente falsa. Nada impide que esa propiedad de autoreflexión resulte neutralizada o inhibida en determinados períodos históricos (hay muchos ejemplos). Nada impide que un discurso producido por esas personas socialmente definidas como "científicos" y

presentado como resultado de su actividad, esté en realidad operando en la sociedad en función puramente ideológica. En otras palabras: el discurso científico, por su estructura, se define como conteniendo la posibilidad de la auto-reflexión. La ciencia que merece ese nombre siempre ha ejercitado esa capacidad (dentro del marco, históricamente variable, de sus condiciones ideológicas de producción). Pero muy bien puede ocurrir que no se la ejercite. Por otra parte, es obvio que las personas llamadas "científicos" no siempre producen discursos científicos. Los capítulos anteriores de este trabajo habrán bastado para mostrar, así lo espero, que muchos discursos que los sociólogos han producido sobre sí mismos, lo han sido en función puramente ideológica.

Todo esto, a su vez, está encuadrado históricamente, no es una declaración normativa, sino que pretende ser una constatación. En efecto, es a mi juicio una verdad histórica el que la sociedad capitalista occidental generó un tipo de práctica social (la llamada "ciencia moderna") regulada (entre otras cosas) por la norma según la cual se produce un discurso descriptivo de lo real con capacidad auto-reflexiva. La ciencia no es una actividad en el vacío: es el nombre de una práctica específica, articulada por primera vez en las formaciones sociales del capitalismo. Ya dije que lo que llamamos ideología no es cualquier relación entre lo discursivo y lo extradiscursivo, sino aquella relación del discurso con sus condiciones de producción que se explica a su vez por la relación de dichas condiciones con la lucha de clases. Dada la ubicación histórica de la actividad científica, dado que en la sociedad "moderna" es en las capas medias ilustradas donde se recluta la mayoría de las personas entregadas a esa práctica, y dado que las estructuras institucionales en que esa práctica se realiza están controladas, en mayor o menor grado, por la clase dominante en el poder, no resultará difícil de entender que la hipótesis según la cual el discurso científico está "marcado" por la lucha de

clases es bastante plausible. En mi descripción de los veinticinco últimos años de la sociología en la Argentina, he tratado precisamente de detectar al menos algunas de esas marcas.

Es aquí donde aparece un elemento que considero crucial para entender la posición del científico de izquierda, de aquél que a la vez hace ciencia y asume una perspectiva revolucionaria. *Este personaje está marcado necesariamente por una contradicción fundamental, objetiva*, entre las condiciones de producción del “conocimiento” y las condiciones políticas en términos de las cuales busca insertarse en la lucha de clases.

¿Qué hacer, frente a esa contradicción que lo constituye, frente a esa disociación insertada en su identidad social profunda, en tanto “científico”?

Sin duda hay muchos niveles de pertinencia referidos al enfrentamiento de esa contradicción, a su tematización *práctica*. El modo en que esa contradicción se resuelve (o no) en el plano de la práctica política propiamente dicha, no es el tema de este trabajo. Pero sí lo es el de las consecuencias y repercusiones de esa contradicción dentro de la práctica científica. Es aquí donde ciertas precisiones tal vez aclaren mi interpretación de la historia de la sociología en la Argentina.

La reacción típica —casi diría “instintiva”— del intelectual radicalizado de clase media ante la contradicción objetiva existente entre la práctica científica y la práctica política revolucionaria *es ocultarla*. El científico también la oculta, pero por otras razones: es una ideología “orgánica” en relación a sus portadores; vale decir: ella expresa la conciencia no revolucionaria (o contra-revolucionaria) de los estratos medios. El científico de izquierda tiende, en cambio, a producir contra-ideología.

Todas las ideologías que caen en la disolución de la diferencia entre práctica científica y práctica política (disolución imaginaria, puesto que la contradicción es

objetiva) no son otra cosa que un mecanismo de ocultamiento de la organización de las prácticas en la sociedad capitalista; expresan, en suma, una ideología pequeñoburguesa. El resultado es que sus portadores, a partir de ese modo de estructuración de su conciencia de clase, harán mala ciencia (o ninguna) y mala política.

Cualquiera sea la solución a nivel de las distintas prácticas, estoy persuadido de que ella pasa por una condición inescapable: es preciso poner de manifiesto la contradicción misma que constituye al científico pequeñoburgués y define su identidad social, es necesario tematizarla y analizarla adecuadamente. Y si a nivel político hay una manera de superar *prácticamente* esa contradicción, a saber, la inserción en un movimiento político revolucionario, esa superación práctica no puede ser separada de la explicitación teórica de la contradicción, para lo cual hay solo un instrumento (que, como tantos otros que han sido utilizados por la clase obrera revolucionaria, fue inventado por la burguesía): el conocimiento.

A riesgo de ser demasiado insistente, repetiré una vez más que la disolución imaginaria de la diferencia objetiva entre práctica científica y práctica política es inseparable de un grave error, típico de la conciencia pequeñoburguesa “radicalizada”: confundir el científicismo con la ciencia. El científicismo, lejos de confundirse con la ciencia moderna, es una perspectiva sobre esta última, teóricamente errónea y empíricamente falsa. Renunciar al conocimiento científico por combatir al científicismo me parece una actitud objetivamente contra-revolucionaria. La famosa máxima de cierto marxismo, según la cual “el conocimiento se verifica en la práctica” es un principio *utópico* (sin ningún sentido peyorativo), válido en el contexto del modelo de una sociedad socialista perfecta, donde coinciden la verdad y la acción, donde, un poco platónicamente, la acción y el conocimiento se confunden en perfecta armonía. Que yo sepa, tal sociedad no existe

todavía en ninguna parte. En las que conocemos, sencillamente no es lo mismo producir actos políticos y producir conocimientos. La máxima aludida, referida a las sociedades históricas que conocemos, no tiene nada que ver con la teoría marxista, en la medida en que entendamos que esta última es una teoría (y no conozco otra mejor) del modo de producción capitalista y de su génesis. Lo dicho tal vez baste para comprender que mi descripción de la historia de la sociología en la Argentina, no condena a la inutilidad absoluta a los discursos sociológicos producidos a lo largo de ese proceso, ni tampoco implica invalidar todos y cada uno de los trabajos generados en el transcurso de esa historia. Mas allá del análisis de las características globales de las condiciones de producción en cada coyuntura, el juicio sobre cada trabajo sólo puede hacerse analizando cada trabajo. ¿Cómo podría sorprendernos que la sociología argentina, en sus distintas etapas, esté ideológicamente condicionada, si todo conocimiento lo está? ¿Cómo podría sorprendernos (o indignarnos) que el científico haga sociología desde una ideología, si no se puede hacer sociología de otra manera? Lo que sí podemos (y debemos) hacer es, desde otra ideología, analizar los discursos producidos y señalar, si cabe, sus determinaciones de clase, su carácter parcial, fragmentario, incompleto o falso. Por definición todo discurso científico debe ser sometido a semejante análisis. Pero ese análisis, que en sus condiciones de producción está necesariamente determinado por una ideología, manifiesta, a través de la intertextualidad que genera la crítica, la propiedad autorreflexiva del discurso científico. En otras palabras: ese análisis sólo puede realizarse desde el espacio abierto en la sociedad por lo que llamamos la ciencia, ese mismo espacio que generó al marxismo como conocimiento (siempre en evolución) de las condiciones del cambio revolucionario. Una práctica política que no comprenda esto, podrá obtener otros resultados: podrá echar a ciertos

científicos de sus cargos, evitar la publicación de ciertos libros, practicar el terrorismo intelectual. Pero no nos habrá ayudado en un ápice a comprender mejor la realidad social en que se ejercen la dominación de clase interna, y la dominación imperialista externa.